

La absolución materna

Luis Mario Alfonso Silva Gurrola

La memoria, divina escapatoria en la vejez. Observo a mi abuela, se agota al caminar unas cuadras, guarda silencio cuando sufre y sólo en pocas ocasiones la he escuchado reír, quisiera saber si es feliz, pero cuando se lo pregunto siempre dice que sí, pero que con la edad uno aprende a que no puede serlo todo el tiempo. Guardo mis opiniones, no serviría de nada contradecirla, es tauro con ascendente virgo, es decir, la mujer más necia que conoceré.

Cuando escucho a Julio Iglesias me acuerdo de ella, quisiera llorar, que las lágrimas sean tantas que para trasladarme necesite barco. Mi abuela me cantaba «Me olvidé de vivir» desde que tengo el instinto de atesorar momentos; a veces me pregunto si fue ella quien olvidó hacerlo.

Hoy la he imaginado en la mesa de la cocina, está delgadísima; su cabello, rubio como de muñeca de importación, cae como gajos de mandarina recién pelada sobre sus hombros; lleva un vestido blanco, casi tan blanco que parece hecho con hilos de las nubes del cielo. Me acerco a ella, le miro y corro a esconderme; en cuclillas, pienso: «Dios mío, pero quién será esa señora tan bonita». Cierro los ojos. Ella me encuentra, se agacha y me toma entre sus brazos.

—¿Qué sucede, mi niño? ¿Por qué se esconde, mi niño?

No le respondo y me vuelvo a esconder, sólo que ahora en su pecho, como una pequeña golondrina que ha perdido a su madre pero que, por suerte, otro pájaro ha encontrado y por pena ha decidido acoger.

En otra ocasión, ella está vestida de castaño como si fuera el tronco de un árbol y sus anillos y alhajas en sus manos son las flores. Vamos camino a la heladería, estamos recorriendo las calles mientras ella canta en voz baja, casi como una confesión: «Caminito que el tiempo ha borrado, / que juntos un día nos viste pasar, / he venido por última vez, / he venido a contarte mi mal»; yo le miro hacia arriba; el sol me deslumbra.

—¿Estás triste, abuelita?

—No, mi niño, no.

Responde a secas, dándome a entender que mi infantil curiosidad no es bienvenida en tales asuntos. Llegamos al lugar y me compra un helado. De regreso, nos detenemos en el jardín; peina sus cabellos como si fueran hilos de un arpa que al ser tocada por el aire produce variadas notas.

Intento regresar atrás, volverme viajero y difuminarme. Llego a la primera ocasión en que me topé con mi abuela, ella estaba sobre la cama, descansaba sus pies, su cabello ahora es

café, como si de niña hubiese sido teñida por cubanos con la planta, tiene un mechón blanco al centro como una aureola de santa.

Mi abuela está leyendo; los pesados cristales parecen espejos para aumentar sus ojos que a ratos son de gato, ágiles, siempre buscando algo y otras como de cordero, adormilados, callados y sin decir nada. Me asomo por el borde de la cama y me paro de puntillas; ella deja el libro a un lado y me invita a subirme, soy alpinista de las montañas, me quiere hablar, pero yo no sé qué contestarle a la desconocida.

Soy el nómada, estuve en distintas tierras y conocí variados afectos, tengo miedo de que me abandonen como un juguete defectuoso, pero mi abuela me abraza y me quedo dormido; en la niñez nunca fui infeliz, pero tampoco tengo mucho recuerdo de ello, así que me fío de lo que los demás dicen de mí.



Max Ernst, «La mujer 100 cabezas» en: *Tres novelas en imágenes*, Mas Pou (Girona), Atalanta, 2008.

Mi abuela se transmuta en distintos rostros y en múltiples momentos, pero a pesar de su metempsicosis o de lo mucho que nos queramos me doy cuenta de que sé de ella muy poco. Cuando le interrogo de su vida me cuenta cosas sin importancia y sólo en pocas ocasiones se sincera; aun ahí, cuando me platica alguna tristeza ni una lágrima se asoma por su rostro.

¿Por qué nadie conoce realmente a alguien? ¿Por qué nos censuramos al hablar? ¿También yo me olvidaré de vivir?